

introducir a las personas de las naciones en el Dios Triuno, a fin de hacerlas ciudadanas del reino de los cielos (Mt. 24:14; 28:18-19). Esto sin duda provocará la ira de Satanás. Por lo tanto, debemos predicarle, diciendo: “¡Satanás, espera solo un poco! Tu destino es el lago de fuego, pues tu sentencia fue pronunciada hace mucho tiempo”. El evangelio que estamos anunciando es éste: “¡Satanás está derrotado! ¡Jesús es Rey! ¡El reino ha venido! ¡Arrepentíos, y creed en el evangelio!”.

Según Mateo, ser bautizado en la realidad del Padre, el Hijo y el Espíritu tiene como fin constituir el reino de los cielos

No se puede formar el reino celestial como se organiza una sociedad terrenal, con seres humanos de carne y sangre

Según Mateo, ser bautizado en la realidad del Padre, el Hijo y el Espíritu tiene como fin constituir el reino de los cielos (v. 19). No se puede formar el reino celestial como se organiza una sociedad terrenal, con seres humanos de carne y sangre (1 Co. 15:50). El reino celestial será formado solamente cuando hagamos oraciones que aten al diablo, prediquemos el evangelio del reino y bauticemos a las personas en el Dios Triuno. El reino celestial no puede ser formado con sangre y carne, es decir, mediante el poder de la política, dinero, organización o misión.

El reino celestial de Dios sólo puede constituirse de los que han sido sumergidos en una unión con el Dios Triuno y confirmados y edificados con el Dios Triuno, quien se ha forjado en ellos

El reino celestial de Dios sólo puede constituirse de aquellos que han sido sumergidos en una unión con el Dios Triuno y confirmados y edificados con el Dios Triuno, quien se ha forjado en ellos (Ro. 6:3-4; 14:17; Gá. 3:26-27; 4:19; 5:21; Ef. 3:14-19; 5:5). Vayamos a predicar el evangelio del reino.—A. Y.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

El evangelio de la gracia de Dios (Mensaje 4)

Lectura bíblica: Hch. 20:24, 32; Ef. 3:2; 4:29; 2 Co. 13:14; 12:9; Gá. 6:18; Ap. 22:21

- I. La gracia es Dios mismo en Cristo como el Espíritu, que nos es dada y que nosotros ganamos y disfrutamos; el evangelio de la gracia de Dios es la mayordomía de la gracia que imparte a Dios en las personas para su disfrute—Jn. 1:17; Hch. 20:24; Ef. 3:2:
 - A. La gracia dada a nosotros en Cristo nos fue concedida antes de que el mundo comenzara—2 Ti. 1:9; Tit. 2:11.
 - B. Dios, quien era en el principio, se hizo carne en el tiempo y vino a ser la gracia que el hombre puede recibir, poseer y disfrutar, lo cual hace que Dios se pueda contactar, que sea palpable, que se pueda recibir, se pueda experimentar, se pueda entrar en Él, y se pueda disfrutar—Jn. 1:1, 14, 16-17.
 - C. La gracia de nuestro Señor Jesucristo es el abundante suministro del Dios Triuno (quien está corporificado en el Hijo y hecho real como el Espíritu vivificante) disfrutado por nosotros cuando ejercitamos nuestro espíritu humano—Gá. 6:18.
 - D. Día tras día debe ocurrir una maravillosa transmisión divina: Dios suministra abundantemente el Espíritu de gracia y nosotros continuamente debemos recibir e impartir al Espíritu de gracia—Jn. 1:16; He. 10:29b; Gá. 3:2-5; Ef. 3:2; 4:29.
 - E. La manera de recibir la gracia diariamente, de modo que ésta pueda fluir de nosotros, es volvernos a nuestro espíritu, ejercitar el espíritu y entronizar al Señor—*Himnos*, #328:
 1. El trono de la gracia está en nuestro espíritu, y necesitamos recibir la abundancia de la gracia en nuestras partes internas, de modo que la gracia pueda reinar en nuestro interior, y así nosotros podamos reinar en vida sobre Satanás, el pecado y la muerte—He. 4:16; Ro. 5:17, 21; cfr. Ap. 4:2.

2. Cada vez que nos acerquemos al trono de la gracia al volvernos a nuestro espíritu e invocar el nombre del Señor, debemos entronizar al Señor, dándole a Él la posición de Cabeza, el reinado y el señorío dentro de nosotros—Col. 1:18b; Ap. 2:4-5; Ef. 6:24.
 3. El trono de Dios es la fuente de la gracia que fluye; cada vez que no entronizamos al Señor, lo destronamos, y se detiene el fluir de la gracia—Ap. 22:1.
 4. Si entronizamos al Señor Jesús en nuestro ser, el Espíritu fluirá desde el trono de la gracia como ríos de agua viva para abastecernos; de esta manera, recibiremos gracia, disfrutaremos la gracia y ministraremos gracia a otros—Jn. 7:37-39a; Hch. 6:4.
- F. La manera de recibir la gracia diariamente, de modo que podamos impartirla a otros, es mediante la sangre, la palabra, el Espíritu y la iglesia:
1. La sangre redentora, la sangre del pacto, la propia sangre de Dios, introduce a las personas pecaminosas y corruptas en el disfrute eterno de Dios—20:28; Mt. 26:28; Lv. 16:11-16; He. 10:19-20; 1 Jn. 1:7, 9.
 2. La palabra de Dios al ser comida por nosotros llega a ser la palabra de Su gracia, la cual es el gozo y la alegría de nuestro corazón—Hch. 20:32; Jer. 15:16; Jn. 6:63; Ef. 6:17-18.
 3. El Espíritu de gracia como el abundante suministro del Dios procesado y consumado es el óleo de júbilo con el cual somos ungidos como compañeros de Cristo—He. 1:9; 10:29b; Zac. 12:10a.
 4. La iglesia de Dios experimenta la gracia fresca y refrescante de Dios como el rocío que desciende, el cual viene a nosotros desde los cielos por medio de las compasiones de Dios, para refrescarnos y transformarnos—Sal. 133:3; Lm. 3:22-23; 2 Co. 13:14; Hch. 11:23.
- II. Pablo, en su ministerio, testificó solemnemente del evangelio de la gracia de Dios, a fin de ministrar a Dios introduciéndolo en las personas; en sus escritos él nos revela lo que es la gracia de Dios—Hch. 20:24, 32:
- A. La gracia es Dios mismo que viene a visitar al hombre, a

- permanecer en el hombre, a nacer en el hombre y a ser uno con él—Lc. 1:28, 30; Mt. 1:18; 2 Ti. 4:22.
- B. El vivir cristiano debe consistir en vivir la gracia, en experimentar la gracia, a fin de llevar a cabo nuestra mayordomía de la gracia, es decir, a fin de impartir la gracia—2 Co. 12:9; 2 Ti. 4:22; Ef. 3:2:
1. Nuestras palabras deben dar gracia a los oyentes—Lc. 4:22; Ef. 4:29; Is. 50:4-5.
 2. En la vida de iglesia, cuando tengamos la gracia sobre nosotros, la iglesia será edificada y la gracia que recibamos será visible—Hch. 4:33; 11:23.
- C. El vivir y edificación prácticos del Cuerpo de Cristo son el resultado de disfrutar a Cristo en nuestro interior como la gracia de Dios—1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14:
1. El disfrute que tenemos de Cristo, resuelve todos los problemas que existen en la iglesia mediante la obra de la cruz—1 Co. 1:13a, 18, 23-24; 2:2.
 2. El disfrute que tenemos de Cristo redundará en el crecimiento en vida a fin de producirnos en materiales preciosos para la edificación de la iglesia—3:6, 9-14.
 3. El disfrute que tenemos de Cristo desarrolla nuestros dones mediante el crecimiento en vida—12:1-11.
- D. Por medio de los sufrimientos los ministros del nuevo pacto disfrutaron a Cristo como la gracia que todo lo provee, y el ministerio del nuevo pacto es producido por medio de la revelación más los sufrimientos—2 Co. 12:7; 1:3-4, 8-10:
1. Cristo como gracia llega a ser el poder que extiende tabernáculo sobre los ministros del nuevo pacto, cubriéndolos en sus debilidades a fin de ser la morada que los sustenta, sostiene, mantiene, protege y guarda—12:9b.
 2. Necesitamos que la gracia de Dios en Cristo sea aplicada a nosotros como la fuerza y el poder para nuestro mover y nuestra protección—Ez. 1:6b, 9a; Éx. 19:4; Is. 40:28-31; 2 Co. 4:7; 1:12; 12:9; 1 Co. 15:10; Sal. 17:8; 57:1; 63:7; 91:4.
- E. Cristo como la gracia de Dios es la buena tierra; como tal, podemos entrar en Él, disfrutarlo, experimentarlo, participar de Él y poseerlo—2 Co. 1:12; 12:9; 13:14; Col. 1:12; 2:6-7a; cfr. Éx. 3:8.
- F. La gracia es la Trinidad Divina que se transmite a nosotros

para nuestro disfrute, es la manifestación del Dios Triuno en Su corporificación en tres aspectos: el Padre, el Hijo y el Espíritu—2 Co. 13:14; Nm. 6:22-27; Sal. 36:8-9:

1. La gracia del Señor es el Señor mismo como vida para nosotros, para que lo disfrutemos (Jn. 1:17; 1 Co. 15:10); el amor de Dios es Dios mismo (1 Jn. 4:8, 16) como la fuente de la gracia del Señor; y la comunión del Espíritu es el Espíritu mismo como la transmisión de la gracia del Señor con el amor de Dios para que participemos de ellos—2 Co. 13:14.
2. En 2 Corintios 13:14 la gracia del Señor se menciona por primera vez porque este libro trata de la gracia de Cristo—1:12; 4:15; 6:1; 8:1, 9; 9:8, 14; 12:9.
3. El Espíritu Santo como la circulación, la transmisión, de la gracia de Cristo con el amor del Padre es el suministro para nuestra vida cristiana y para la vida de iglesia:
 - a. La vida de iglesia depende enteramente de 2 Corintios 13:14.
 - b. La corriente de la Trinidad Divina dentro de nosotros, según se revela en 2 Corintios 13:14 es nuestro pulso espiritual.

G. El producto de la gracia de Dios en la economía de Dios es la iglesia como el poema del Dios Triuno que exhibe las superabundantes riquezas de Su gracia con Su infinita sabiduría y designio divino—Ef. 1:6-8; 2:10, 7.

III. La gracia del Señor Jesucristo impartida en Sus escogidos a través de la era neotestamentaria alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén, en la cual el Dios Triuno procesado y consumado será la gracia que todos los creyentes disfrutarán por la eternidad—Ap. 22:21.

MENSAJE CUATRO

EL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS

En el mensaje anterior vimos un aspecto sustancioso del evangelio: el evangelio del reino de Dios. Por contraste, este mensaje trata sobre un aspecto muy dulce y grato del evangelio: el evangelio de la gracia de Dios. Aparentemente, estos dos aspectos del evangelio no están relacionados entre sí, pero si consideramos este asunto, comprenderemos que a fin de cumplir la norma del reino de Dios, necesitamos la gracia de Dios. No podemos cumplir la norma del reino de Dios valiéndonos de nuestros propios esfuerzos. El reino es lo que está en el corazón de Dios, es lo que Él busca; sin embargo, nadie puede entrar en el reino por sí solo. Por tanto, todos necesitamos el evangelio de la gracia de Dios. Sin la gracia, no tenemos la capacidad, ni posibilidad alguna, de cumplir todos los requisitos del reino. Así que, por la soberanía del Señor, después del mensaje en cuanto al evangelio del reino, tenemos un mensaje sobre el evangelio de la gracia de Dios.

LA GRACIA NO ES UNA BENDICIÓN EXTERNA, SINO EL DIOS TRIUNO PROCESADO Y CONSUMADO PARA NUESTRO DISFRUTE

Este aspecto del evangelio, el aspecto de la gracia de Dios, ciertamente es el aspecto más conocido entre todos los cristianos en la actualidad. Si le pregunta a un creyente en el cristianismo qué es la gracia, rápido le contestaría que la gracia es “un favor inmerecido” o que la gracia se refiere a las bendiciones que Dios nos otorga, incluyendo las cosas buenas que Él hace por nosotros y nos da. Aunque no podemos decir que esta clase de entendimiento está completamente equivocado, ciertamente es superficial, y tal entendimiento ha defraudado grandemente a muchos hijos de Dios privándolos de experimentar y disfrutar genuinamente a Cristo.

Muchos cristianos consideran que la gracia equivale a las bendiciones y regalos externos que los creyentes reciben de Dios. Ellos piensan que esta llamada gracia es el resultado de creer en el evangelio de la gracia. Hoy en día muchos predicadores cristianos del evangelio

prometen que si uno cree en Jesús, tendrá felicidad, paz y prosperidad. En cierto sentido, esto no está completamente equivocado; no obstante, esto es una aplicación incorrecta y una distorsión del verdadero significado de la palabra *gracia*. Debido a tal entendimiento trivial y superficial, muchos hijos de Dios, muchos queridos cristianos, han sido impedidos y defraudados de obtener la genuina experiencia y disfrute de Cristo.

La gracia es un tema conocido comúnmente por los que están en el cristianismo, pero tal entendimiento de la gracia es demasiado trivial y superficial. Por tanto, tenemos la carga de hablarles y presentarles el verdadero significado de la gracia a los hijos de Dios. ¡Alabado sea el Señor por el evangelio de la gracia de Dios! La gracia no es meramente cosas buenas o bendiciones que Dios nos otorga; definitivamente no es nada en la esfera material, tal como un ascenso en el trabajo, una bonificación, un carro nuevo o una casa nueva. A Dios no le interesan tales cosas. Cuando la Biblia dice que Dios nos da gracia, esto no significa que Dios nos da algo en la esfera física y material. La gente sabe que Santa Claus no es real. No obstante, el concepto o la idea de Santa Claus es algo que las personas aún encuentran muy atractivo, lo aceptan y lo reciben ya que quieren recibir regalos y cosas buenas como una clase de bendición. Pero nuestro Dios no es un “Santa Claus”; el deseo de Su corazón y Su propósito eterno van más allá que meramente darnos buenas cosas. El único regalo que Dios desea darnos es el regalo único de Su Hijo, Jesucristo, la corporificación de Dios mismo. Éste es el regalo único que Dios nos da, y ésta es la verdadera gracia. ¡Cuánto amamos el evangelio de la gracia de Dios!

En el pasado, en alguna medida, hemos menospreciado el evangelio de la gracia debido a que ha sido reducido, aun degradado, por la predicación baja y superficial de muchos cristianos. Quizás hayamos pensado: “Estamos aquí para el evangelio del reino de Dios o para el evangelio de la gloria de Cristo, pero no para el evangelio de la gracia”. Sin embargo, el Nuevo Testamento se refiere a este aspecto del evangelio, el evangelio de la gracia de Dios, al menos ciento treinta veces. Aún más, el hermano Lee dice que la gracia es la revelación más elevada en la economía neotestamentaria de Dios (*La cristalización de la Epístola a los Romanos*, pág. 210). Por tanto, nunca debemos menospreciar el evangelio de la gracia de Dios. Sólo porque el cristianismo hace del evangelio de la gracia algo superficial, no significa que no debemos predicar este evangelio. Necesitamos predicar el evangelio de la gracia

de Dios según la revelación en la Biblia. La tierra necesita escuchar el evangelio genuino de la gracia de Dios. La gracia no es algo material o ninguna bendición externa. La gracia es una persona, Jesucristo; la gracia es el propio Dios Triuno procesado y consumado a fin de ser nuestro disfrute.

El himno escrito por John Newton, *Amazing Grace* [Sublime gracia], es muy conocido en el cristianismo y se canta en muchas denominaciones evangélicas. Nosotros también amamos este himno; es muy dulce e inspirador. Sin embargo, aunque este himno nos inspire y toque nuestra parte emotiva, si lo estudiamos, nos daremos cuenta de que no tiene mucha luz. Este himno quizás nos conmueva en nuestra parte emotiva y quizás haga que estemos llenos de agradecimiento por lo que Dios ha hecho por nosotros, pero no nos imparte mucha luz. La gracia es verdaderamente sublime, pero no porque es alguna clase de bendición material y externa; más bien, la gracia es sublime porque es Dios mismo que se da a nosotros. La gracia de Dios es, de hecho, el propio Dios procesado y consumado quien se da a nosotros para nuestro disfrute.

El hermano Lee dice: “En la economía neotestamentaria de Dios, la gracia es la revelación más elevada” (*La cristalización de la Epístola a los Romanos*, pág. 210). Juan 1:14, que es un versículo crucial en cuanto a nuestro entendimiento sobre el asunto de la gracia, dice: “El Verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros [...] lleno de gracia y de realidad”. Ciertamente, *la gracia* en este versículo no se refiere meramente a un favor inmerecido ni a una bendición material. Luego el versículo 17 dice: “La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la realidad vinieron por medio de Jesucristo”. Cuando Jesucristo vino en la encarnación, no fue meramente la llegada de un favor inmerecido ni una bendición material; más bien, la gracia vino por medio de Jesucristo, y esta gracia, de hecho, era el Dios Triuno que se encarnó como un hombre. Luego este hombre pasó por un proceso largo y llegó a su consumación a fin de que Él pudiera impartirse en nosotros para ser nuestro disfrute. Por tanto, cuando Jesucristo vino, la gracia vino. La venida de la gracia a nosotros es la venida de Cristo a nosotros, y la venida de Cristo es la venida de la gracia. Esta gracia es simplemente la persona maravillosa de Jesucristo como la corporificación del Dios Triuno que se ha procesado y consumado para ser nuestro disfrute. Ésta es la revelación máxima en la economía neotestamentaria de Dios.

Que el Señor se infunda en nosotros y nos impresione con este asunto precioso del evangelio de la gracia de Dios.

**DIOS NO QUIERE QUE EL HOMBRE HAGA NADA
Y QUIERE SER TODO PARA EL HOMBRE**

A fin de que entremos en el significado intrínseco de este asunto, necesitamos estar impresionados con un hecho crucial en la Palabra de Dios: según toda la Biblia, Dios no quiere que el hombre haga nada. Dios no quiere que el hombre haga algo para su salvación, y Dios tampoco quiere que el hombre labore para Él ni haga nada para complacerle. Éste es un concepto crucial que todos debemos entender. Si entendemos este asunto de la gracia, debemos darnos cuenta de que Dios no quiere que laboremos para Él ni que hagamos nada para complacerle; más bien, Dios quiere ser todo para nosotros y hacer todo en nosotros y por nosotros.

Quizás pensemos que no hacer nada es algo sencillo, pero al final todos queremos hacer algo. Por siglos el hombre ha estado tratando de llevar a cabo su salvación, de mejorar su comportamiento, a fin de que Dios lo acepte. El hombre ha estado poniendo sus ojos en sí mismo y usando su propio esfuerzo para ser aprobado y justificado ante Dios. Sin embargo, el concepto de Dios en Su economía es que Él no quiere que el hombre haga nada. Ésta es la razón por la cual Dios reposó en el séptimo día de la creación (Gn. 2:2-3), el cual fue el primer día para el hombre. Después de crear muchas cosas en los primeros cinco días, Él creó al hombre en el sexto día; luego, después de crear al hombre, Él reposó. Éste es el principio subyacente al Sábado, a saber, que el primer día del hombre no fue un día de trabajo, sino un día de Sábado. Dios primero creó todo para el hombre, y después de crear al hombre, Dios se propuso que el hombre reposara. Dios no creó al hombre para que éste trabajara; Dios quiere que el hombre descance.

En principio, la gracia es el jubileo; el jubileo es el Sábado de los sábados. En el jubileo no hay esfuerzo, no hay conflicto, no hay trabajo. Todos los esclavos son liberados del cautiverio y son restaurados a sus posesiones, que tipifican a Dios como su herencia. Dios ordenó que Su pueblo guardara el jubileo, lo cual indica que Dios quería ser todo para Su pueblo. Esto corresponde a Hebreos 11:6, que dice: “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que existe”. Nosotros, los que nos acercamos a Dios, tenemos que creer que Dios es, lo cual implica que nosotros no somos. Dios es el Salvador, y nosotros no. Él es

el Victorioso, y nosotros no. Él es la santificación, y nosotros no. Él es el Vencedor, y nosotros no. Todo aquel que se acerca a Dios debe creer que Él es. No debemos tratar de hacer nada ni de ser nada, ya que Dios quiere que nos detengamos. El Sábado significa que nosotros nos detenemos y dejamos que Dios lo haga todo por nosotros y sea todo para nosotros y en nosotros. Este “todo” es la gracia. Éste es un concepto crucial que debe ser infundido en nosotros, a fin de que entendamos lo que es la gracia.

LOS LOGROS DE LA GRACIA DE DIOS

Este concepto corresponde a la revelación en cuanto a la cumbre de la verdad: que Dios se hizo hombre a fin de que el hombre llegue a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Por medio de la obra creadora de Dios, nosotros llevamos la imagen de Dios y tenemos la semejanza de Dios, pero no tenemos la vida y la naturaleza de Dios. Además, somos seres caídos. Es como si fuéramos tortugas, mientras que Dios es una majestuosa águila que vuela. Era imposible que las “tortugas” llegaran a ser “águilas”. Sin embargo, un día esta “águila” vino a la tierra, se encarnó para ser un hombre, vivió en la tierra por treinta y tres años y medio, fue a la cruz para ser crucificado y al tercer día resucitó de los muertos para llegar a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Él, como el Espíritu vivificante, se impartió a Sí mismo en las “tortugas” feas a fin de reavivarlas y regenerarlas. Por medio de esto Dios nos recreó o nos rehizo, al hacernos igual a Él en vida y naturaleza, mas no en la Deidad.

Éstos son los logros de la gracia de Dios. Es esta gracia la que llevó a Dios a hacerse hombre, a pasar por todos los aspectos del vivir humano, a ir a la cruz para ser crucificado y a resucitar. Entonces, como el Espíritu vivificante, Él entró en nosotros para reavivarnos y regenerarnos y para rehacernos y recrearnos a fin de hacernos igual a Él en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Todas estas cosas son los logros de la gracia de Dios.

**LA GRACIA ES EL DIOS TRIUNO COMPLETO
—EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU—
PROCESADO Y CONSUMADO MEDIANTE LA ENCARNACIÓN
A FIN DE SER LA VIDA DEL HOMBRE
Y SU TODO PARA SU DISFRUTE**

Desde el punto de vista de la economía neotestamentaria de Dios, la gracia es simplemente el contenido de la economía eterna de Dios para

producir el Cuerpo de Cristo a fin de llevarlo a su consumación, la Nueva Jerusalén. En el Nuevo Testamento esta gracia comenzó con la encarnación de Dios para el cumplimiento de la economía eterna de Dios. La encarnación fue un gran paso en la economía neotestamentaria de Dios. Mediante la encarnación Dios entró en la humanidad y se hizo un hombre. Según Juan 1:14, el que Dios llegara a ser un hombre trajo la gracia a nosotros. Él vino como Aquel que estaba lleno de gracia y realidad. Antes de aquel tiempo, no había tal cosa como la gracia. Por supuesto, el Antiguo Testamento usa la palabra *gracia*, pero allí conlleva el significado de “favor”. En cambio, *la gracia* en el Nuevo Testamento implica que Dios vino mediante la encarnación y fue procesado y consumado por medio de la muerte y la resurrección a fin de llegar a ser el Espíritu para que nosotros pudiéramos recibirlo y disfrutarlo. Por tanto, en este sentido, *la gracia* es solamente un término neotestamentario, algo de la economía neotestamentaria de Dios.

El Nuevo Testamento revela que cuando el Dios Triuno vino como la gracia a fin de ser procesado y consumado, no sólo vino el Hijo, sino que vino el Dios Triuno completo. Quizás nuestro entendimiento sea que *la gracia* se refiere a Dios el Hijo quien viene a nosotros. Sin embargo, con la ayuda del ministerio, podemos ver que la gracia no solamente es Dios el Hijo que viene a nosotros, sino que todo el Dios Triuno viene para ser procesado y consumado mediante los grandes pasos de la encarnación, crucifixión y resurrección, a fin de que Él sea nuestra vida, nuestro disfrute y nuestro todo. Nuestro Dios ya no es un Dios “crudo”; en cambio, ahora Él es el Dios procesado y consumado. Tenemos que ver que cuando la Trinidad Divina estaba siendo procesada y consumada, los tres de la Trinidad —el Padre, el Hijo y el Espíritu— estaban involucrados.

La gracia es el Dios Triuno procesado mediante la encarnación, la crucifixión y la resurrección para llegar a su consumación como el Espíritu todo-inclusivo y vivificante a fin de impartirse en los creyentes. La gracia incluye al Padre como la fuente, al Hijo como el elemento y al Espíritu como la aplicación. La fuente es la gracia, el elemento es la gracia y la aplicación también es la gracia. Por tanto, el Nuevo Testamento revela que la gracia de Dios tiene como fin la impartición de Dios. En 1 Corintios 15:10 se nos habla de la gracia de Dios, en 2 Corintios 13:14 se nos habla de la gracia del Señor Jesucristo y Hebreos 10:29 habla del Espíritu de gracia. Por consiguiente, en estos versículos tenemos la gracia de Dios, la gracia de Cristo y el Espíritu de gracia. En el

Nuevo Testamento una frase como *el Dios de amor* significa que Dios es amor. Por tanto, *la gracia de Dios* significa que la gracia es Dios, *la gracia de Cristo* significa que la gracia es Cristo, y *el Espíritu de gracia* implica que el Espíritu es gracia. Así que, el Dios Triuno completo —el Padre, el Hijo y el Espíritu— es la gracia para nosotros. No solamente Cristo el Hijo es la gracia, sino que el Padre también es la gracia y el Espíritu también es la gracia. Esta gracia es simplemente el Dios Triuno que viene a nosotros para que le disfrutemos; disfrutamos al Padre como la fuente, al Hijo como el elemento y al Espíritu como la aplicación de esta gracia. La fuente es el origen de la gracia, el elemento es la gracia misma, y la aplicación es el elemento de la gracia aplicado a nosotros. Todos tenemos que ver esto.

Aunque este mensaje es grato y placentero, no es insignificante. Necesitamos ver lo que verdaderamente es la gracia. La gracia no es meramente un favor inmerecido o una bendición material; más bien, la gracia es el Dios Triuno como la fuente, el elemento y la aplicación de Sí mismo a nosotros. Es el Dios Triuno procesado y consumado que llega a ser el Espíritu vivificante a fin de que nosotros lo podamos disfrutar como nuestra vida y nuestro todo. Cada día, mientras disfrutamos al Dios Triuno como gracia y recibimos esta gracia, tal gracia viene a ser nuestra, y finalmente nosotros llegamos a ser esta gracia. Esta gracia nos está haciendo Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Esto es mucho mejor que recibir un carro nuevo o una bonificación de fin de año; esta gracia nos hace Dios en vida y naturaleza. Esto es verdaderamente el evangelio, las buenas nuevas. Esto es lo que el cristianismo necesita desesperadamente en la actualidad. Hoy en día los cristianos necesitan el evangelio de la gracia de Dios; necesitan la gracia en el sentido de la economía neotestamentaria de Dios, la cual es el Dios Triuno procesado y consumado mediante la encarnación, la crucifixión y la resurrección a fin de ser la vida del hombre y su todo para su disfrute.

**LA GRACIA ES DIOS MISMO EN CRISTO COMO EL ESPÍRITU,
QUE NOS ES DADA Y QUE NOSOTROS GANAMOS Y DISFRUTAMOS;
EL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS ES LA MAYORDOMÍA DE LA
GRACIA QUE IMPARTE A DIOS EN LAS PERSONAS PARA SU DISFRUTE**

La gracia es Dios mismo en Cristo como el Espíritu, que nos es dada y que nosotros ganamos y disfrutamos; el evangelio de la gracia de Dios es la mayordomía de la gracia que imparte a Dios en las personas para

su disfrute (Jn. 1:17; Hch. 20:24; Ef. 3:2). En Hechos 20:24 Pablo dijo que su ministerio consistía en “dar [...] testimonio del evangelio de la gracia de Dios”. Pablo predicó el evangelio de la gracia de Dios, el cual es simplemente esta persona maravillosa, el Dios Triuno, procesado y consumado para que lo disfrutemos. En otras palabras, Pablo llevó a cabo la mayordomía de la gracia de Dios a fin de impartir a Dios en otros. Él no solamente predicaba acerca de la gracia, sino que era el mayordomo de la gracia, que impartía la gracia a otros.

En los aviones normalmente hay azafatas, y su propósito principal no es predicar ni instruir a los viajeros, sino servirles comida. Cuando disfrutamos la gracia, la cual es el Dios Triuno procesado y consumado a fin de ser nuestra vida y nuestro todo para nuestro disfrute, no venimos a ser meramente predicadores, sino mayordomos. La palabra griega traducida “mayordomía” tiene la misma raíz que la palabra traducida “economía”; ésta es la palabra *oikonomía*. Esto indica que por el lado de Dios es un asunto de Su economía, Su plan; sin embargo, por nuestro lado es un asunto de una mayordomía. Mientras llevamos a cabo la economía de Dios, necesitamos darnos cuenta de que estamos aquí como Sus mayordomos para llevar a cabo la mayordomía. La economía, administración e impartición de Dios han llegado a ser nuestra mayordomía para que impartamos a Dios en Su pueblo escogido. Predicar el evangelio es más que meramente predicar; es la mayordomía en la cual impartimos a otros al Dios a quien disfrutamos.

La gracia dada a nosotros en Cristo nos fue concedida antes de que el mundo comenzara

La gracia dada a nosotros en Cristo nos fue concedida antes de que el mundo comenzara (2 Ti. 1:9; Tit. 2:11). En 2 Timoteo 1:9 se nos dice: “Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito Suo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”, o antes de que el mundo comenzara. Quizás pensemos que la gracia es algo que necesitamos cuando estamos en problemas o en una situación grave. Sin embargo, necesitamos darnos cuenta de que Dios en la eternidad pasada, antes de que el mundo comenzara, ya nos había dado la gracia. En otras palabras, nuestro destino eterno es la gracia. Nuestro destino es la gracia; nuestro destino es disfrutar a Dios.

Cuando Pablo le escribió esta palabra a Timoteo, la iglesia estaba en un estado de degradación. Sin embargo, en esa situación inestable y

confusa Pablo estaba seguro de su ministerio y animó a su joven colaborador Timoteo a que se diera cuenta de que el ministerio con el cual estaban comisionados era un ministerio según el propósito y la gracia del Señor, la cual les había sido dada antes de los tiempos de los siglos, antes de que el mundo comenzara. Por tanto, en cierto sentido, todas las situaciones, toda la corrupción y toda la degradación en la iglesia no significan nada, ya que todo esto va y viene, mas la gracia que nos ha sido dada antes de que el mundo comenzara siempre está con nosotros. Darnos cuenta de que la gracia que nos ha sido dada antes de que nacióramos y aun antes de que el mundo comenzara, es una garantía y nos anima. La intención de Dios es que Su pueblo escogido le disfrute como la gracia.

**Dios, quien era en el principio,
se hizo carne en el tiempo y vino a ser
la gracia que el hombre puede recibir, poseer y disfrutar,
lo cual hace que Dios se pueda contactar,
que sea palpable, que se pueda recibir,
se pueda experimentar, se pueda entrar en Él,
y se pueda disfrutar**

Dios, quien era en el principio, se hizo carne en el tiempo y vino a ser la gracia que el hombre puede recibir, poseer y disfrutar, lo cual hace que Dios se pueda contactar, que sea palpable, que se pueda recibir, se pueda experimentar, se pueda entrar en Él, y se pueda disfrutar (Jn. 1:1, 14, 16-17). Podemos ver esto en el cuadro del tabernáculo en el Antiguo Testamento. Antes de que Moisés recibiera las instrucciones de cómo edificar el tabernáculo, no era fácil encontrar a Dios ni contactar a Dios. Abraham, quien era un amigo de Dios, podía comunicarse de manera íntima con Dios, mas no era fácil para la gente común acercarse a Dios. Sin embargo, después de que Moisés edificó el tabernáculo conforme a las instrucciones de Dios, había un lugar en la tierra donde la gente podía ir y contactar a Dios. Por medio del tabernáculo Dios vino a ser Aquel que podemos contactar, tocar, experimentar y disfrutar y en quien podemos entrar. Ciertamente, el tabernáculo en el Antiguo Testamento era sólo un tipo. En el Nuevo Testamento, cuando Jesús vino, Él indicó que era el verdadero tabernáculo. Juan 1:14 dice: “El Verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros”. Por tanto, Jesús, Aquel en quien Dios moraba, era el cumplimiento, la realidad, del tabernáculo antiguotestamentario.

En el Antiguo Testamento cuando el tabernáculo fue edificado,

Dios podía ser encontrado. Ir al tabernáculo era semejante a ir a la “sala” de Dios para reunirse con Dios y conversar con Él. En vez de ser el Dios que habita en luz inaccesible, Dios podía ser encontrado en el tabernáculo. En el Nuevo Testamento Jesucristo era el cumplimiento, la realidad, de ese tabernáculo, el cual hizo que se pudiera contactar, tocar, recibir, experimentar y disfrutar a Dios y entrar en Él. Ésta es la gracia. Hoy en día Dios ya no está lejos de nosotros. Podemos ir a Jesús como el verdadero tabernáculo de Dios a fin de contactar y disfrutar a Dios y aun entrar en Él.

**La gracia de nuestro Señor Jesucristo
es el abundante suministro del Dios Triuno
(quien está corporificado en el Hijo
y hecho real como el Espíritu vivificante)
disfrutado por nosotros cuando ejercitamos
nuestro espíritu humano**

La gracia de nuestro Señor Jesucristo es el abundante suministro del Dios Triuno (quien está corporificado en el Hijo y hecho real como el Espíritu vivificante) disfrutado por nosotros cuando ejercitamos nuestro espíritu humano (Gá. 6:18). Hoy en día sabemos dónde se encuentra el verdadero tabernáculo de Dios; el tabernáculo de Dios, que es la morada o habitación de Dios, está en nuestro espíritu. Gálatas 6:18 dice: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu, hermanos”. El Dios en quien creemos y a quien le pertenecemos no está lejos de nosotros en los cielos, sino que está en nuestro espíritu. Nuestro espíritu es el verdadero tabernáculo, la verdadera habitación, de Dios. Por tanto, a fin de contactar, recibir y experimentar a Dios, necesitamos ejercitar nuestro espíritu. En 2 Timoteo 4:22 se nos dice: “El Señor esté con tu espíritu. La gracia sea con vosotros”. Espero que valoremos nuestro espíritu, ya que en la práctica nuestro espíritu es la morada de Dios, el verdadero tabernáculo de Dios, el lugar donde Dios mora hoy y donde podemos encontrar la gracia.

**Día tras día debe ocurrir
una maravillosa transmisión divina:
Dios suministra abundantemente el Espíritu de gracia
y nosotros continuamente debemos
recibir e impartir al Espíritu de gracia**

Día tras día debe ocurrir una maravillosa transmisión divina: Dios

suministra abundantemente el Espíritu de gracia y nosotros continuamente debemos recibir e impartir al Espíritu de gracia (Jn. 1:16; He. 10:29b; Gá. 3:2-5; Ef. 3:2; 4:29). Esta transmisión es Dios que nos suministra abundantemente el Espíritu de gracia y nosotros que recibimos continuamente el Espíritu de gracia y lo impartimos a otros. Esto es un maravilloso tráfico celestial. Por el lado de Dios, Él se imparte y se transmite, y por nuestro lado, necesitamos recibir. Espero que seamos los mejores receptores. No piense que recibir es fácil. Cuando una madre trata de alimentar a sus hijos pequeños, muchas veces tiene que correr tras ellos a fin de poner la comida en su boca. Aunque la madre trata de impartirles comida, darles alimento, los niños están ocupados con otras cosas y no reciben. Los niños pequeños prefieren jugar y hacer muchas otras cosas que comer. Muchas veces somos como los niños pequeños, y Dios tiene que correr tras nosotros. Quizás Él diga: “Toma de estas riquezas”, pero nosotros le damos toda clase de excusas. Quizás le digamos: “Estoy muy ocupado ahora mismo”. Dios está impartiendo, pero por parte nuestra necesitamos ser buenos receptores.

Ser uno que recibe no es algo insignificante. A fin de ser uno que recibe, debemos negarnos al yo y detener nuestro yo. El yo siempre está ocupado y absorto en muchas cosas. Por tanto, necesitamos arrepentirnos delante del Señor por estar absortos y ocupados con tantas otras cosas. Aun puede que estemos preocupados en hacer cosas buenas para Dios, mas no estamos dispuestos a recibir Su impartición. Necesitamos ser aquellos que reciben la gracia de Dios. La gracia está disponible pero se requiere que la recibamos. Aunque la gracia está presente, si no la recibimos, no nos será de beneficio.

Además, no solamente necesitamos recibir esta gracia, sino que también necesitamos impartirla a otros. A fin de que el agua continúe fluyendo por la manguera, se necesita tanto un fluir continuo hacia dentro como un fluir continuo hacia fuera. Necesitamos dejar que el agua fluya hacia fuera. Si queremos recibir gracia fresca día a día, necesitamos ser aquellos que imparten esta gracia a otros. Espero que aquellos que van a visitar a Sur América vayan a impartir, a desbordar, el Dios Triuno como la gracia a tantos hambrientos. Les puedo garantizar que si hacen esto, cuando regresen, estarán llenos de la gracia de Dios. El hecho que impartan a otros no significa que habrá disminución en ellos; mientras más fluyan, más Dios se les va a añadir. ¡Aleluya! Impartirles a otros es la mejor garantía de recibir la gracia de manera fresca.

La manera de recibir la gracia diariamente, de modo que ésta pueda fluir de nosotros, es volvernos a nuestro espíritu, ejercitar el espíritu y entronizar al Señor

La manera de recibir la gracia diariamente, de modo que ésta pueda fluir de nosotros, es volvernos a nuestro espíritu, ejercitar el espíritu y entronizar al Señor (*Himnos, #328*). Ésta es la manera única de recibir la gracia a fin de impartir la gracia, fluir la gracia, a otros. Debemos volvernos a nuestro espíritu y ejercitar nuestro espíritu. Mencioné anteriormente que la gracia significa que Dios lo hace todo y nosotros no hacemos nada. Dios no espera que hagamos nada; sin embargo, Dios espera que abramos nuestro ser, que estemos disponibles a Él para Su impartición. Dios no quiere que hagamos algo para Él por nuestro propio esfuerzo a fin de complacerlo. Dios desea que estemos disponibles a Él para Su impartición divina.

En Mateo 5:3 el Señor dice: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. ¿Cuán disponible está usted al Señor día tras día? Me preocupa cómo practicamos el avivamiento matutino. Tenemos una fuente maravillosa que está disponible para nosotros en *La palabra santa para el avivamiento matutino*, pero ¿cómo practicamos el avivamiento matutino? A lo mejor tomemos *La palabra santa para el avivamiento matutino*, vayamos a la porción del día, leamos los versículos y luego pensemos en ellos, los consideremos y meditemos en ellos. Luego puede que leamos las porciones del ministerio y terminemos después de diez minutos. Quizás cerremos el libro y pensemos: “Ya terminé con mi avivamiento matutino”. Queridos santos, nuestro avivamiento matutino no debe ser así; no debe ser meramente parte de nuestra rutina diaria. El avivamiento genuino depende del ejercicio de nuestro espíritu. Si no ejercitamos nuestro espíritu, no seremos reavivados. No es asunto de solamente leer la porción de ese día; necesitamos ejercitar nuestro espíritu de una manera activa y energética.

El Señor me tocó con dos palabras: *apropiadamente energético*. Necesitamos ser apropiadamente energéticos al venir al Señor y al ejercitar nuestro espíritu para invocar el nombre del Señor y orar-leer Su Palabra. Tengo la preocupación de que algunos santos sólo oran-leen cuando se reúnen con un grupo de santos. Necesita preguntarse: ¿Cuándo fue la última vez que oró-leyó solo, que oró-leyó la Palabra a

solos con el Señor? Necesitamos aprender a ejercitar nuestro espíritu, volvernos a nuestro espíritu y usar nuestro espíritu en todas las cosas.

En Hebreos 4:16 Pablo nos exhorta diciendo: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”. Aunque la gracia está disponible, Dios no simplemente derrama la gracia sobre nosotros de forma automática. La gracia está en el trono. Dios quiere que nos acerquemos para recibir Su gracia. Para esto necesitamos ejercitar nuestro espíritu. Muchas veces en las mañanas estamos cansados o de prisa, pero como quiera necesitamos ejercitar nuestro espíritu. Necesitamos acercarnos al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar gracia, o apropiarnos de la gracia. No debemos esperar que la gracia caiga sobre nosotros. Debemos tomar acción para acercarnos al trono de la gracia.

*El trono de la gracia está en nuestro espíritu,
y necesitamos recibir la abundancia de la gracia
en nuestras partes internas, de modo que
la gracia pueda reinar en nuestro interior, y así nosotros
podamos reinar en vida sobre Satanás, el pecado y la muerte*

El trono de la gracia está en nuestro espíritu, y necesitamos recibir la abundancia de la gracia en nuestras partes internas, de modo que la gracia pueda reinar en nuestro interior, y así nosotros podamos reinar en vida sobre Satanás, el pecado y la muerte (v. 16; Ro. 5:17, 21; cfr. Ap. 4:2). Romanos 5:17 dice: “Pues si, por el delito de uno solo, reinó la muerte por aquel uno, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”. Este versículo muestra la relación que hay entre el evangelio del reino y evangelio de la gracia de Dios. Para llevar la vida del reino y reinar por Dios, necesitamos ser aquellos que reciben la abundancia de Su gracia de manera que podamos reinar en Su vida. Debemos recibir la abundancia de la gracia; ésta no nos llegará automáticamente. Debemos acercarnos al trono de la gracia para recibirla. Mientras recibimos la gracia, ésta fluye del trono a nosotros e introduce la vida de Dios en nosotros. El resultado de la gracia siempre es vida, y la vida, en su abundancia, hace que seamos entronizados, que reinemos en vida. El versículo 17 dice que reinamos en vida, pero el versículo 21 dice que es la gracia la que reina. Por un lado, somos nosotros que reinamos en vida; por otro, realmente es la gracia la que reina. Al venir nosotros al trono de la gracia para recibir la abundancia de la gracia, esta gracia reina en nosotros, trayéndonos las riquezas de la vida y

capacitándonos para reinar en esta vida sobre Satanás, el pecado y la muerte.

Cada vez que nos acerquemos al trono de la gracia al volvernos a nuestro espíritu e invocar el nombre del Señor, debemos entronizar al Señor, dándole a Él la posición de Cabeza, el reinado y el señorío dentro de nosotros

Cada vez que nos acerquemos al trono de la gracia al volvernos a nuestro espíritu e invocar el nombre del Señor, debemos entronizar al Señor, dándole a Él la posición de Cabeza, el reinado y el señorío dentro de nosotros (Col. 1:18b; Ap. 2:4-5; Ef. 6:24). Conforme a Hebreos 4, la gracia está vinculada al trono. El trono siempre alude al asiento de la autoridad de Dios (Ap. 4:2; 5:1). Sin embargo, en lugar de llamarlo el trono de autoridad, Pablo lo llama el trono de la gracia. No obstante, es un trono, y esto indica que si hemos de apropiarnos de la gracia o recibirla en nuestra experiencia, necesitamos venir a Aquel que está en nosotros como nuestra Cabeza, nuestra fuente, nuestro Rey y nuestro Señor. ¿Cuándo fue la última vez que cedimos al Señor de manera absoluta? ¿Cuándo fue la última vez que fuimos derrotados por el Señor? A menudo le pedimos cosas al Señor, pero ¿cuándo fue la última vez que cedimos a Él y le dijimos: “Amén, Señor”? Quizás Dios no quiera que hagamos algo, quizás no quiera que vayamos a cierto lugar o no quiera que digamos algo. En tal situación, ¿decimos “Amén” y le permitimos a Dios que nos derrote, o ganamos nosotros? ¿Realmente tiene Dios la posición de Cabeza y el señorío sobre nosotros? Este asunto de apropiarnos de la gracia de Dios no es sólo un asunto de ejercitar nuestro espíritu al invocar al Señor a fin de que venga la gracia. En nuestra experiencia podemos testificar que muchas veces, cuando invocamos al Señor, la gracia no viene. La razón por la cual la gracia no viene es que no nos estamos sometiendo al trono de Dios.

En 1 Tesalonicenses 5 inmediatamente después de que Pablo dice: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con vosotros”, él dice: “No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías” (vs. 16-20). Si queremos ser receptores de la gracia, si queremos que esta gracia fluya en nosotros, no debemos apagar al Espíritu. Esto significa que tenemos que cooperar con el Espíritu. Necesitamos seguir al Espíritu, y necesitamos honrar el profetizar. No menosprecie las profecías. Cualquiera

actitud de menosprecio es una semillita de orgullo o de confianza en sí mismo. Cuando pensamos que somos mejores que otros, podemos menospreciar sus profecías. Esto quiere decir que no nos estamos sometiendo a lo dispuesto por Dios, al mandato de Dios. A fin de que oremos sin cesar, estemos siempre gozosos y demos gracias en todo, no debemos apagar el Espíritu; no debemos menospreciar las profecías que otros hacen por el Señor. Aun cuando el que esté profetizando sea una persona débil, aunque esté tartamudeando, no debemos menospreciar su profecía porque Cristo también es su Cabeza. Menospreciar a otros equivale a menospreciar al Señor. Debemos entronizar al Señor. La razón por la cual es posible orar-leer e invocar al Señor y aún no disfrutar de la gracia, es que no entronizamos al Señor en nuestro corazón. La gracia está con el trono. Es sólo cuando venimos al trono en sumisión genuina que experimentamos el fluir de la gracia.

El trono de Dios es la fuente de la gracia que fluye; cada vez que no entronizamos al Señor, lo destronamos, y se detiene el fluir de la gracia

El trono de Dios es la fuente de la gracia que fluye; cada vez que no entronizamos al Señor, lo destronamos, y se detiene el fluir de la gracia (Ap. 22:1). Muchos de nosotros podemos testificar conforme a nuestra experiencia que cuando destronamos al Señor y decimos: “Quiero hacer esto. Por lo tanto, lo haré no importa lo que digas. Me gusta hacer esto”, entonces el fluir de la gracia se detiene. Por consiguiente, para experimentar el fluir de la gracia, no sólo necesitamos ejercitar nuestro espíritu al volvernos a nuestro espíritu, sino que también debemos entronizar al Señor en nuestro corazón.

Si entronizamos al Señor Jesús en nuestro ser, el Espíritu fluirá desde el trono de la gracia como ríos de agua viva para abastecernos; de esta manera, recibiremos gracia, disfrutaremos la gracia y ministraremos gracia a otros

Si entronizamos al Señor Jesús en nuestro ser, el Espíritu fluirá desde el trono de la gracia como ríos de agua viva para abastecernos; de esta manera, recibiremos gracia, disfrutaremos la gracia y ministraremos gracia a otros (Jn. 7:37-39a; Hch. 6:4).

**La manera de recibir la gracia diariamente,
de modo que podamos impartirla a otros,
es mediante la sangre, la palabra, el Espíritu y la iglesia**

La manera de recibir la gracia diariamente, de modo que podamos impartirla a otros, es mediante la sangre, la palabra, el Espíritu y la iglesia. ¡Aleluya por la sangre, la palabra, el Espíritu y la iglesia! No sólo tenemos una manera de recibir la gracia al ejercitar nuestro espíritu y entronizar al Señor, sino que también tenemos los medios prácticos para impartir la gracia a otros. Esto es muy práctico, especialmente para los jóvenes y los nuevos creyentes entre nosotros. Tengo la carga de que no simplemente leamos este mensaje y digamos: “Oh, alabado sea el Señor por la gracia. La gracia es Dios disfrutado por nosotros. No tenemos que hacer nada. Dios no quiere que yo haga algo. Sólo debo recibir y disfrutar”. También necesitamos aprender cómo impartir la gracia por medio de la sangre, la palabra, el Espíritu y la iglesia.

*La sangre redentora, la sangre del pacto,
la propia sangre de Dios, introduce a las personas
pecaminosas y corruptas en el disfrute eterno de Dios*

La sangre redentora, la sangre del pacto, la propia sangre de Dios, introduce a las personas pecaminosas y corruptas en el disfrute eterno de Dios (20:28; Mt. 26:28; Lv. 16:11-16; He. 10:19-20; 1 Jn. 1:7, 9). Éramos pecadores antes de ser salvos, y después de ser salvos, todavía pecamos. Aun siendo creyentes estamos sujetos al pecado. Cuando no estamos en nuestro espíritu, pecamos. Después que pecamos, ¿qué hacemos? ¿Simplemente lo echamos a un lado y decimos: “Bueno, no es nada, simplemente invocaré al Señor varias veces”? No, hermanos y hermanas, necesitamos aprender a confesar nuestros pecados y aplicar la sangre de Jesús.

A fin de recibir gracia e impartir gracia a otros, necesitamos venir al Señor para confesar nuestros pecados cada día. En el mensaje anterior abarcamos el asunto del arrepentimiento. Por el evangelio del reino, necesitamos arrepentirnos. En este mensaje necesitamos ver que debemos confesar nuestros pecados. Si queremos experimentar la gracia, necesitamos llevar una vida en la que confesamos nuestros pecados diariamente. No creo que ninguno de nosotros pueda vivir un día sin pecar. Cuando pecamos, necesitamos confesar al Señor y aplicar la sangre preciosa de Cristo, que aún habla en nuestro favor y es

eternamente eficaz delante de Dios (1 P. 1:19; He. 12:24). Siempre que pecamos, tenemos tres problemas: tenemos un problema con Dios, tenemos un problema con nosotros mismos y tenemos un problema con Satanás. Quedamos separados de Dios debido a nuestro pecado, porque nuestro Dios es un Dios justo y santo; por tanto, nuestro pecado interrumpe nuestra comunión con Dios. Nuestro pecado hace que tengamos un problema con nosotros mismos porque nuestra conciencia nos redarguye y nos condena. También tenemos un problema con Satanás porque nuestra transgresión le da terreno a Satanás para acusarnos. ¿Qué hacemos entonces después que hemos pecado o transgredido? Necesitamos aprender a confesar nuestros pecados. En 1 Juan 1:9 se nos dice: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”.

Necesitamos confesar. Necesitamos decir: “Señor, te pido perdón por haber hecho esto y por haber dicho aquello”. Necesitamos confesar y aplicar la sangre de Jesús. Su sangre es la sangre del pacto (cfr. He. 9:14-15, 20). Esto significa que fue mediante un pacto que Dios nos prometió, hizo un contrato con nosotros, de que nos daría perdón, vida y salvación. El perdón, la vida y la salvación son elementos en nuestro pacto con Dios, pero tenemos que aplicar la sangre para disfrutar de todas las bendiciones de este pacto.

*La palabra de Dios al ser comida
por nosotros llega a ser la palabra de Su gracia,
la cual es el gozo y la alegría de nuestro corazón*

La palabra de Dios al ser comida por nosotros llega a ser la palabra de Su gracia, la cual es el gozo y la alegría de nuestro corazón (Hch. 20:32; Jer. 15:16; Jn. 6:63; Ef. 6:17-18). En Hechos 20:32 Pablo dice: “Os encomiendo a Dios, y a la palabra de Su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia entre todos los que han sido santificados”. La palabra de la gracia de Dios, la palabra que nos trae el disfrute de Dios, quien es nuestra herencia, es una fuente rica de la gracia. En lugar de sólo leer revistas y periódicos, necesitamos venir a diario a la palabra de Dios. A la palabra se le llama la palabra de Su gracia. Igual que Jeremías, necesitamos hallar la palabra y comerla. Entonces serán el gozo y la alegría de nuestro corazón (15:16). Cuando leamos la Palabra de Dios, habrá gozo en nuestro corazón. Al leer y disfrutar la Palabra de Dios, comenzamos a rebozar y regocijarnos.

El Espíritu de gracia como el abundante suministro del Dios procesado y consumado es el óleo de júbilo con el cual somos ungidos como compañeros de Cristo

El Espíritu de gracia como el abundante suministro del Dios procesado y consumado es el óleo de júbilo con el cual somos ungidos como compañeros de Cristo (He. 1:9; 10:29b; Zac. 12:10a). El Espíritu se compara con el óleo de júbilo derramado sobre la cabeza del Señor para unirlo, y nosotros somos Sus compañeros que comparten esta unción con Él. El Espíritu, la unción como óleo de júbilo, es llamado el Espíritu de gracia. Al final de los tiempos el Señor derramará Su Espíritu de gracia y súplica sobre Su pueblo. Siempre que seamos llenos con el Espíritu, estaremos llenos de júbilo.

El Día de Pentecostés en Jerusalén, los santos fueron llenos del Espíritu (Hch. 2:4). Después comían de casa en casa con alegría (vs. 46-47). Estaban alegres, se regocijaban y estaban llenos de gracia; no sólo había gracia con Dios, sino también gracia con el pueblo. Por consiguiente, necesitamos recibir el Espíritu de gracia, el óleo de júbilo.

La iglesia de Dios experimenta la gracia fresca y refrescante de Dios como el rocío que desciende el cual viene a nosotros desde los cielos por medio de las compasiones de Dios, para refrescarnos y transformarnos

La iglesia de Dios experimenta la gracia fresca y refrescante de Dios como el rocío que desciende, el cual viene a nosotros desde los cielos por medio de las compasiones de Dios, para refrescarnos y transformarnos (Sal. 133:3; Lm. 3:22-23; 2 Co. 13:14; Hch. 11:23). La iglesia, el monte de Sión actual, es el lugar donde desciende el óleo sobre la barba de Aarón y desciende el rocío de Hermón. Realmente es importante dónde estamos. Podemos decir: “Puedo leer la Biblia en el estudio en mi casa”. Sin embargo, no es lo mismo. Es cierto que podemos leer la Biblia, invocar al Señor y orar en nuestras casas, pero no es igual que cuando estamos con los santos en la reunión de la iglesia. Valoro cada reunión de profetizar de la iglesia. Cada vez que me siento en una reunión de profetizar de la iglesia, soy ungido; quedo “mojado con el rocío”. En cada reunión de profetizar, el rocío fresco desciende para refrescar y regar a todos los miembros; esto es gracia. Por tanto, jóvenes, nunca se alejen de la vida de iglesia. No importa cuán bajo se sientan, cuán desanimados puedan estar, nunca se alejen de las

reuniones de la iglesia. Vayan a la reunión y sean ungidos y regados. Así es que Dios nos agracia, pues es sobre el monte de Sión que desciende el rocío del Hermón.

PABLO, EN SU MINISTERIO, TESTIFICÓ SOLEMNEMENTE DEL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS, A FIN DE MINISTRAR A DIOS INTRODUCIÉNDOLO EN LAS PERSONAS; EN SUS ESCRITOS ÉL NOS REVELA LO QUE ES LA GRACIA DE DIOS

Pablo, en su ministerio, testificó solemnemente del evangelio de la gracia de Dios, a fin de ministrar a Dios introduciéndolo en las personas; en sus escritos él nos revela lo que es la gracia de Dios (Hch. 20:24, 32). Hemos visto lo que es la gracia de Dios. A medida que recibimos y disfrutamos esta gracia, llegamos a ser los ministros de esta gracia a fin de testificar del evangelio de la gracia y ministrar esta gracia a otros. Pablo fue así, y espero que todos nosotros seamos así. Si todos los cuatro mil de nosotros llegásemos a ser tales ministros, tales mayordomos, de la gracia de Dios, el mundo entero sería conquistado y la tierra completa sería tomada para el reino de Dios. Debemos ir de país en país, por toda la tierra, no a predicar, sino a impartir la gracia a otros, siendo “buenos mayordomos de la multiforme gracia de Dios” (1 P. 4:10).

La gracia es Dios mismo que viene a visitar al hombre, a permanecer en el hombre, a nacer en el hombre y a ser uno con él

La gracia es Dios mismo que viene a visitar al hombre, a permanecer en el hombre, a nacer en el hombre y a ser uno con él (Lc. 1:28, 30; Mt. 1:18; 2 Ti. 4:22). Ésta es otra definición de gracia. Aquí se recalca la visita de Dios. Si queremos recibir la gracia e impartirla a otros, necesitamos permitirle a Dios que nos visite. Necesitamos abrir nuestro “hogar”, abrir la puerta de nuestro corazón y permitirle a Dios que nos visite. La gracia es Dios mismo que visita al hombre a fin de permanecer en nosotros, nacer en nosotros y ser uno con nosotros. Ésta es una definición maravillosa de la gracia.

El vivir cristiano debe consistir en vivir la gracia, en experimentar la gracia, a fin de llevar a cabo nuestra mayordomía de la gracia, es decir, a fin de impartir la gracia

Nuestras palabras deben dar gracia a los oyentes

El vivir cristiano debe consistir en vivir la gracia, en experimentar

la gracia, a fin de llevar a cabo nuestra mayordomía de la gracia, es decir, a fin de impartir la gracia (2 Co. 12:9; 2 Ti. 4:22; Ef. 3:2). Nuestras palabras deben dar gracia a los oyentes (Lc. 4:22; Ef. 4:29; Is. 50:4-5). En 2 Corintios 12:8-9 Pablo le ruega al Señor tres veces que le quite el aguijón en su carne. En vez de contestar su oración, Dios le dice: “Bástate Mi gracia”. Pablo era una persona que vivía en la gracia. Aunque él era un apóstol grande y poderoso, que le era útil a Dios, aprendió a llevar una vida en la gracia. Pablo recibió una revelación muy elevada; él vio cosas que no se le permitió ver a ningún otro hombre. Por consiguiente, existía el peligro de que se enalteciera sobremanera. Por esta razón, Dios permitió que Pablo tuviera un aguijón en su carne (v. 7). Este aguijón probablemente fue alguna clase de padecimiento físico o debilidad que lo restringió a fin de que no se hiciera orgulloso. En vez de hacer un milagro para sanarlo, como Pablo había hecho por otros (Hch. 28:8-9), Dios dijo: “Bástate Mi gracia”.

Pareciera que Dios no contestaba la oración de Pablo. Dios no quiso llevar a cabo una maravilla o milagro; Dios quería que Pablo lo recibiera como gracia. Por consiguiente, en nuestro vivir, Dios permite que pasemos por muchas situaciones de manera que lleguemos a ser buenos receptores de Su gracia. La gracia de Dios da abasto. Aunque muchas de nuestras situaciones parezcan ser insoportables, intolerables e imposibles, creemos que Su gracia da abasto para todos nosotros.

En la vida de iglesia, cuando tengamos la gracia sobre nosotros, la iglesia será edificada y la gracia que recibamos será visible

En la vida de iglesia, cuando tengamos la gracia sobre nosotros, la iglesia será edificada y la gracia que recibamos será visible (4:33; 11:23). En nuestra práctica de la vida cristiana en la vida de iglesia, necesitamos estar siempre en la gracia. Cuando hablamos los unos con los otros, necesitamos hablar palabras de gracia (Lc 4:22; Ef. 4:29). Como esposos y esposas, y hermanos y hermanas en la iglesia, ¿cómo nos hablamos los unos a los otros? ¿Hablamos palabras de gracia, o hablamos palabras de crítica y de condenación? A fin de que la iglesia sea edificada, necesitamos hablar palabras de gracia unos a otros, y necesitamos tener gracia unos con otros. Sin embargo, esto no es fácil de hacer en la vida de iglesia porque tenemos mucho contacto unos con otros. Fácilmente hacemos tropezar a otros u otros nos hacen tropezar a nosotros. Cuando otros nos hacen tropezar, ¿nos damos por vencidos, y decimos: “¡Olvidenlo! Ésta no es la iglesia correcta para mí”

o tomamos la gracia? Su gracia da abasto. Dios quiere que tengamos un vivir de gracia, que experimentemos la gracia.

**El vivir y edificación prácticos del Cuerpo de Cristo
son el resultado de disfrutar a Cristo
en nuestro interior como la gracia de Dios**

El vivir y edificación prácticos del Cuerpo de Cristo son el resultado de disfrutar a Cristo en nuestro interior como la gracia de Dios (1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14). El disfrute que tenemos de Cristo resuelve todos los problemas que existen en la iglesia mediante la obra de la cruz (1 Co. 1:13a, 18, 23-24; 2:2). El disfrute que tenemos de Cristo redonda en el crecimiento en vida a fin de producirnos en materiales preciosos para la edificación de la iglesia (3:6, 9-14). El disfrute que tenemos de Cristo desarrolla nuestros dones mediante el crecimiento en vida (12:1-11).

Aunque la iglesia en Corinto era una iglesia llena de problemas, fue a esta iglesia que Pablo escribió su epístola develando el disfrute del Cristo todo-inclusivo en al menos veinte aspectos maravillosos. Cristo es muchos ítems para nuestro disfrute. Al ser enfrentados y confrontados con tantos problemas en la vida de iglesia, necesitamos darnos cuenta de que la solución única a todo problema es disfrutar a Cristo al experimentarlo como la gracia.

**Por medio de los sufrimientos los ministros del nuevo pacto
disfrutan a Cristo como la gracia que todo lo provee,
y el ministerio del nuevo pacto es producido
por medio de la revelación más los sufrimientos**

*Cristo como gracia llega a ser el poder que extiende tabernáculo
sobre los ministros del nuevo pacto, cubriéndolos en sus
debilidades a fin de ser la morada que los sustenta,
sostiene, mantiene, protege y guarda*

Por medio de los sufrimientos los ministros del nuevo pacto disfrutan a Cristo como la gracia que todo lo provee, y el ministerio del nuevo pacto es producido por medio de la revelación más los sufrimientos (2 Co. 12:7; 1:3-4, 8-10). Cristo como gracia llega a ser el poder que extiende tabernáculo sobre los ministros del nuevo pacto, cubriéndolos en sus debilidades a fin de ser la morada que los sustenta, sostiene, mantiene, protege y guarda (12:9b). No sólo nuestro vivir cristiana debe ser producto de la gracia, sino que también nuestra obra cristiana, nuestro ministerio cristiano, debe ser producto de la gracia. No laboramos

para el Señor como producto de nuestro celo o de nuestra experiencia particular; más bien, ministramos al Señor y servimos al Señor por Su gracia.

*Necesitamos que la gracia de Dios en Cristo
sea aplicada a nosotros como la fuerza y el poder
para nuestro mover y nuestra protección*

Necesitamos que la gracia de Dios en Cristo sea aplicada a nosotros como la fuerza y el poder para nuestro mover y nuestra protección (Ez. 1:6b, 9a; Éx. 19:4; Is. 40:28-31; 2 Co. 4:7; 1:12; 12:9; 1 Co. 15:10; Sal. 17:8; 57:1; 63:7; 91:4). Nuestras debilidades son necesarias a fin de que el poder de Cristo se manifieste. Todos nuestros defectos, debilidades y padecimientos son requisitos para que se manifieste la abundancia de la gracia de Dios.

La descripción de los cuatro seres vivientes y su coordinación en Ezequiel 1 indica que ellos solamente se tocaban con sus alas (vs. 9-11). Ellos estaban conectados unos a otros sólo por sus alas, que representa la gracia de Dios. Esto significa que en nuestra coordinación al servir y ministrar al Señor, necesitamos permanecer en la gracia de Dios.

**Cristo como la gracia de Dios es la buena tierra;
como tal, podemos entrar en Él, disfrutarlo,
experimentarlo, participar de Él y poseerlo**

Cristo como la gracia de Dios es la buena tierra; como tal, podemos entrar en Él, disfrutarlo, experimentarlo, participar de Él y poseerlo (2 Co. 1:12; 12:9; 13:14; Col. 1:12; 2:6-7a; cfr. Éx. 3:8). Dios nos ha llamado a la comunión, al disfrute, de esta buena tierra, que es el Cristo todo-inclusivo.

**La gracia es la Trinidad Divina que se transmite a nosotros
para nuestro disfrute, es la manifestación del Dios Triuno
en Su corporificación en tres aspectos:
el Padre, el Hijo y el Espíritu**

La gracia es la Trinidad Divina que se transmite a nosotros para nuestro disfrute, es la manifestación del Dios Triuno en Su corporificación en tres aspectos: el Padre, el Hijo y el Espíritu (2 Co. 13:14; Nm. 6:22-27; Sal. 36:8-9). La gracia del Señor es el Señor mismo como vida para nosotros, para que lo disfrutemos (Jn. 1:17; 1 Co. 15:10); el amor de Dios es Dios mismo (1 Jn. 4:8, 16) como la fuente de la gracia del

Señor; y la comunión del Espíritu es el Espíritu mismo como la transmisión de la gracia del Señor con el amor de Dios para que participemos de ellos (2 Co. 13:14). En 2 Corintios 13:14 la gracia del Señor se menciona por primera vez porque este libro trata de la gracia de Cristo (1:12; 4:15; 6:1; 8:1, 9; 9:8, 14; 12:9). El Espíritu Santo como la circulación, la transmisión, de la gracia de Cristo con el amor del Padre es el suministro para nuestra vida cristiana y para la vida de iglesia. La vida de iglesia depende enteramente de 2 Corintios 13:14. La corriente de la Trinidad Divina dentro de nosotros tal y como se revela en 2 Corintios 13:14 es nuestro pulso espiritual.

La gracia no es simplemente Cristo el Hijo, sino el Dios Triuno procesado y consumado en su totalidad para ser nuestro disfrute. En 2 Corintios 3:14 se nos dice: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. La vida de iglesia depende completamente de esta corriente divina. Mientras practicamos la vida de iglesia como el testimonio del Señor en cada localidad, necesitamos mantenernos en la corriente espiritual de la Trinidad Divina, la cual es nuestro pulso espiritual. Esto significa que necesitamos permitir que mucha gracia fluya hacia dentro y hacia fuera de nosotros. Si no hay el fluir de la gracia en nuestra iglesia, nuestra iglesia será una iglesia que sufre, una iglesia que da lástima. Para tener una vida de iglesia saludable, se necesita que haya un pulso espiritual saludable, esto es, una corriente fuerte de la Trinidad Divina fluyendo hacia dentro y hacia fuera de nosotros.

**El producto de la gracia de Dios en la economía de Dios
es la iglesia como el poema del Dios Triuno que exhibe
las superabundantes riquezas de Su gracia
con Su infinita sabiduría y diseño divino**

El producto de la gracia de Dios en la economía de Dios es la iglesia como el poema del Dios Triuno que exhibe las superabundantes riquezas de Su gracia con Su infinita sabiduría y diseño divino (Ef. 1:6-8; 2:10, 7). Efesios 2:7 dice: “Para mostrar en los siglos venideros las superabundantes riquezas de Su gracia en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”. El día vendrá cuando habrá una exhibición, no para mostrar cuán buenos o poderosos somos, sino para exhibir las riquezas de Su gracia. Aquellos de ustedes que se graduaron recientemente del Entrenamiento de Tiempo Completo necesitan darse cuenta de que mucha gracia ha estado operando sobre ustedes e impartida en ustedes.

Hoy en día ustedes son lo que son no debido a la bondad de ustedes, sino debido a la gracia de Dios. Todos somos receptores de esta gracia, y un día vendrá cuando habrá una celebración universal y una exhibición de esta maravillosa y tremenda gracia de Dios.

**LA GRACIA DEL SEÑOR JESUCRISTO
IMPARTIDA EN SUS ESCOGIDOS
A TRAVÉS DE LA ERA NEOTESTAMENTARIA ALCANZA
SU CONSUMACIÓN EN LA NUEVA JERUSALÉN,
EN LA CUAL EL DIOS TRIUNO PROCESADO Y CONSUMADO
SERÁ LA GRACIA QUE TODOS LOS CREYENTES
DISFRUTARÁN POR LA ETERNIDAD**

La gracia del Señor Jesucristo impartida en Sus escogidos a través de la era neotestamentaria alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén, en la cual el Dios Triunfo procesado y consumado será la gracia que todos los creyentes disfrutarán por la eternidad (Ap. 22:21). ¡Aleluya por la Nueva Jerusalén! La Nueva Jerusalén será la consumación máxima de esta maravillosa gracia de Dios. En la Nueva Jerusalén el Padre será la luz, el Hijo será el árbol, y el Espíritu será el río como nuestro suministro eterno. Hoy en día se nos ha encomendado el evangelio de esta gracia. Salgamos a predicar este evangelio como mayordomos de la gracia de Dios. —J. L.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

El evangelio de la paz (Mensaje 5)

Lectura bíblica: Jn. 14:27; Ro. 15:33; Ef. 2:13-17; 4:3; 6:15; Col. 3:15

- I. El Dios Triunfo es un Dios de paz—Ro. 15:33; 2 Ts. 3:16; Gá. 5:22:
 - A. El Nuevo Testamento nos habla tanto de la paz de Dios como del Dios de paz; la paz de Dios y el Dios de paz son, de hecho, uno solo—Fil. 4:7; He. 13:20.
 - B. La paz de Dios es el Dios de paz infundido en nosotros a través de nuestra comunión con Él—Ro. 16:20; Fil. 4:9; Jn. 14:27; 16:33.
- II. Debido a la caída del hombre, en la humanidad existen muchas ordenanzas, costumbres, hábitos y diferentes maneras de vivir y adorar, todas las cuales han dividido, dispersado y confundido a la humanidad; hay paredes de separación entre las diferentes nacionalidades y grupos raciales, por lo cual entre el linaje humano no hay paz, sino únicamente enemistad, discordia y guerra—Ef. 2:14-15; cfr. Sal. 46:9; Is. 2:4; 9:6-7; 11:6-9; Mi. 4:3; Zac. 9:10.
- III. Debido a que no puede haber paz en el universo sin Cristo, el Pacificador, necesitamos que Cristo sea nuestra ofrenda de paz—Ef. 2:14-15; Col. 1:20; Lev. 3:1-11; 7:11-37:
 - A. Como el cumplimiento y la realidad del tipo de la ofrenda de paz, Cristo es nuestra paz; por medio de Él y en Él tenemos paz con Dios y unos con otros—Ef. 2:14; Col. 3:15; 1 Ts. 5:13b.
 - B. Aparte de Cristo, no podemos tener paz con Dios ni con los demás; esta paz sólo podemos obtenerla por medio de Cristo, con Cristo y en Cristo—Ro. 5:1; 12:18.
 - C. Un ejemplo de la ofrenda de paz es el becerro gordo de Lucas 15:23-24, el cual representa el disfrute apacible entre el padre que recibe, Dios, y el hijo pródigo que regresa, el pecador.
- IV. Cristo es paz, Cristo hizo la paz, y Cristo vino para anunciar la paz como evangelio—Ef. 2:13-17:
 - A. Cristo mismo es “nuestra paz”, que de ambos pueblos, los judíos y gentiles, hizo uno—v. 14.